La República de Weimar y su caída



Ludwig von Mises

Nota del piratεditor

El orden de los capítulos y de algunos párrafos fue alterado, ciertos párrafos fueron suprimidos para hacer mas ligera la lectura de este documento.

La obra original en formato digital se encuentra disponible en:

https://mises.org/library/omnipotent-government-rise-total-state-and-total-war

1. La Constitución de Weimar

La democracia, decían los profesores nacionalistas, podrá ser una forma de gobierno adecuada para países pequeños cuya independencia está a salvo por las rivalidades que hay entre las grandes potencias, o para países como Inglaterra o los Estados Unidos, resguardados por su situación geográfica, pero no para Alemania. Alemania está rodeada de naciones enemigas, sola en el mundo, sin fronteras protegidas por barreras naturales, y su seguridad se basa en el ejército, esa extraordinaria realización de la casa de los Hohenzollern. Sería una tontería confiar ese invencible instrumento a un parlamento, organismo de civiles charlatanes e incompetentes. El principal argumento a favor del militarismo de los Hohenzollern era su supuesta eficiencia.

Pero la Primera Guerra Mundial acabó en una aplastante derrota y destruyó el antiguo prestigio de la familia real, de los *Junkers,* de los militares y de los burócratas. El sistema parlamentario de Occidente dio pruebas de su superioridad militar. La guerra, a la cual el presidente Wilson asignó la finalidad de asegurar el mundo para la democracia, fue para la democracia la prueba de fuego. Los alemanes se pusieron a revisar su credo político y se volvieron hacia la democracia, palabra que, casi olvidada durante medio siglo, se volvió popular en las últimas semanas de la guerra. Para los alemanes, democracia significaba la vuelta a las libertades cívicas y a los derechos del hombre, suspendidos en el curso de la guerra, y sobre todo la sustitución de un semidespotismo monárquico por un gobierno parlamentario. Estos puntos estaban implícitos, como sabía todo alemán, en el programa oficial del partido más numeroso en el parlamento: el socialdemócrata. Se esperaba que los socialdemócratas llevaran a la práctica los principios democráticos de su programa, y se estaba dispuesto a apoyarles en sus esfuerzos de reconstrucción política.

Pero del campo marxista llegó una respuesta que nadie hubiera podido prever fuera del grupito de técnicos marxistas profesionales. Nosotros, proletarios conscientes, proclamaron los marxistas, no tenemos nada que ver con vuestros burgueses conceptos de libertad, de parlamentarismo y de democracia. Nosotros no queremos la democracia, sino la dictadura del proletariado, es decir, nuestra dictadura. No estamos dispuestos a concederos a vosotros, parásitos burgueses, los derechos del hombre, la libertad, ni la representación parlamentaria. De aquí en adelante sólo gobernarán los marxistas y los proletarios. Si habéis interpretado mal nuestra posición ante la democracia, la culpa es vuestra. Si hubierais estudiado bien las obras de Marx, habríais estado mejor informados.

El segundo día de la revolución nombraron los socialdemócratas en Berlín un nuevo gobierno: los Mandatarios del Pueblo, que era una dictadura de los socialdemócratas. Formado únicamente por delegados de su partido, y no se pensaba dar participación a los otros partidos.

Al final de la guerra, el antiguo Partido Socialdemócrata se dividió en tres grupos: los socialistas de la mayoría, los socialistas independientes y los comunistas. Sólo la mitad de los miembros del gobierno eran socialistas de la mayoría; la otra mitad eran socialistas independientes. El grupo más radical de los tres no participaba en el gobierno. Aborrecían la colaboración con los moderados socialistas de la mayoría, a quienes denunciaban como traidores. Los radicales, el grupo Espartaco o Partido Comunista, pidió inmediatamente el exterminio de la burguesía. Su programa se condensaba en la reivindicación: todo el poder debe estar en manos de los consejos de obreros y soldados. Rechazaban vigorosamente todos los planes de concesión de derechos políticos a quienes no estaban afiliados a su partido y se oponían fanáticamente al sistema parlamentario. Querían organizar Alemania conforme al modelo soviético, y liquidar la burguesía a la manera soviética. Convencidos de que el mundo estaba en víspera de la gran revolución proletaria que iba a destruir el capitalismo y establecer el perpetuo paraíso comunista, deseaban aportar su esfuerzo a la gloriosa empresa. Los socialistas independientes simpatizaban con los comunistas, pero eran menos francos, y esa misma reserva les hacía depender de ellos, pues eran los radicales quienes marcaban la pauta. Los socialistas de la mayoría no tenían opiniones propias ni una clara idea de la política que debían

adoptar. Su falta de resolución no se debía a un cambio en la manera de pensar respecto a sus convicciones socialistas, sino a creer que una gran parte de los obreros socialistas habían tomado en serio los puntos democráticos del programa socialdemócrata y se oponían a abandonar el parlamentarismo. Seguían creyendo que el socialismo y la democracia son compatibles, y que el socialismo no puede ser realizado más que en una comunidad democrática. No veían incompatibilidad entre el socialismo y la democracia ni comprendían por qué había de preferir Alemania el método ruso de dictadura a los principios de la democracia occidental.

Los comunistas deseaban conquistar el poder por la violencia. Confiaban en la ayuda rusa, pero se sentían lo bastante fuertes para conquistarlo aun sin ella, pues estaban convencidos de que los apoyaba la abrumadora mayoría de la nación. Consideraban, pues, innecesario hacer preparativos especiales para exterminar a la burguesía. Mientras los adversarios se estuvieran quietos, no era preciso adelantarse a dar el primer golpe. Los primeros acontecimientos confirmaron esta opinión. En la Navidad de 1918 estalló en Berlín un conflicto entre el nuevo gobierno y una belicosa tropa comunista: la División de Marinos del Pueblo, que se opusieron al gobierno. Los Mandatarios del Pueblo, presas del pánico, pidieron ayuda a un cuerpo del antiguo ejercito que todavía no había sido disuelto y que estaba acuartelado en los alrededores de la capital, una compañía de caballería desmontada de la antigua Guardia Real, comandada por un general aristocrático. Hubo una escaramuza y el gobierno ordenó a los guardias que se retiraran. Éstos habían obtenido un pequeño triunfo táctico, pero el gobierno retiró sus fuerzas porque le faltaba confianza en su propia causa y no quería luchar contra los «camaradas». Este combate sin importancia convenció a los socialistas independientes de que era imposible evitar el triunfo del comunismo, y para no perder popularidad ni llegar demasiado tarde a participar en el inminente gobierno comunista, retiraron los representantes que tenían entre los Mandatarios del Pueblo. Los socialistas de la mayoría se quedaron solos en el gobierno y cargaron con la responsabilidad de lo que sucedía en el Reich: la creciente anarquía, el insatisfactorio suministro de víveres y otros artículos y el rápido aumento del desempleo. A los ojos de los radicales eran los defensores de la reacción y de la injusticia.

No podía haber ninguna duda acerca de los planes de estos radicales. Ocuparían los edificios oficiales y encarcelarían, e incluso matarían, a los miembros del gobierno. En vano intentó organizar Noske, a quien el gobierno nombró jefe supremo, una tropa de socialistas de la mayoría. Ningún socialdemócrata quería luchar contra los comunistas. La situación del gobierno parecía desesperada cuando, el 5 de enero de 1919, los comunistas y los socialistas independientes iniciaron la batalla en las calles de Berlín y llegaron a dominar en el centro de la capital. Pero cuando mayor era el peligro, apareció una ayuda inesperada.

Los marxistas narran de la siguiente manera los sucesos: las masas apoyaban unánimemente a los dirigentes marxistas radicales y deseaban la implantación del socialismo. Pero desgraciadamente fueron lo bastante confiados para creer que el gobierno, compuesto únicamente de dirigentes socialdemócratas, no pondría obstáculos en estos esfuerzos. Y Ebert, Noske y Scheidemann les traicionaron. Deseosos de salvar al capitalismo, esos traidores conspiraron con los restos del antiguo ejército y con las pandillas de los «*Freikorps*» sostenidas por los capitalistas, y las tropas de la reacción se lanzaron contra los confiados dirigentes comunistas, los asesinaron y dispersaron a las masas que habían perdido sus jefes. Así se inició la política reaccionaria que finalmente culminó en la caída de la República de Weimar y en la instalación del nazismo.

Esta exposición de los hechos ignora el cambio radical que en las últimas semanas de 1918 sufrió la mentalidad política de la nación alemana. En octubre y en noviembre de 1918 la gran mayoría del país estaba sinceramente dispuesta a apoyar a un gobierno democrático. Como a los socialdemócratas se les consideraba demócratas, y eran el partido parlamentario más numeroso, había casi una absoluta unanimidad para confiarles la dirección en la formación del futuro sistema de gobierno popular. Pero entonces vino la sorpresa. Relevantes personalidades del partido marxista rechazaron la democracia y se manifestaron partidarios de la dictadura del proletariado. Todo lo que

habían proclamado durante cincuenta años había sido pura mentira. Sencillamente, lo único que perseguían era poner a Rosa Luxemburg, una extranjera, en el lugar de los Hohenzollern. Los alemanes abrieron los ojos. ¿Cómo habían podido dejarse engañar por las consignas de los demócratas? La democracia, aprendieron, era evidentemente un termino inventado para el engaño de los tontos. Como habían dicho siempre los conservadores, resultaba que los defensores de la democracia querían establecer el gobierno de la turba y la dictadura de los demagogos.

Los comunistas habían menospreciado burdamente la capacidad intelectual de la nación alemana. No comprendían que era imposible aplicar en Alemania los métodos que habían dado buen resultado en Rusia. Cuando se jactaron de que en cincuenta años de agitación democrática nunca habían actuado con sinceridad, cuando dijeron a los alemanes: «¡Qué bien hemos sabido engañaros, tontos! Ahora estáis en nuestras manos», la cosa les pareció demasiado fuerte no sólo al resto de los alemanes, sino también a los afiliados al antiguo Partido Socialdemócrata. En pocas semanas el marxismo y el socialismo marxista (no el socialismo como sistema económico) perdieron todo el prestigio anterior. La misma idea de la democracia se hizo sospechosa. Para muchos alemanes el término democracia fue desde entonces sinónimo de fraude. A principios de 1919 los comunistas eran ya muchos menos de los que creían sus jefes. Y la gran mayoría de los trabajadores les era resueltamente contraria.

Los nacionalistas se dieron rápidamente cuenta del cambio de mentalidad y se aprovecharon de la ocasión. Si unas semanas antes se habían sentido desesperados, ahora sabían cómo volver. La leyenda de «la puñalada por la espalda» les había devuelto ya la perdida confianza en sí mismos. Pero lo primero que tenían que hacer era impedir el establecimiento de una dictadura roja y que los comunistas exterminen los no-proletarios al por mayor.

El antiguo partido conservador y algunos grupos afiliados habían cambiado en noviembre el nombre del partido por el de Partido Nacionalista Alemán del Pueblo (*Deutsch-nationale Volkspartei*). En su primer manifiesto, publicado el 24 de noviembre, pedía «para retornar de la dictadura de una sola clase al gobierno parlamentario como el único sistema apropiado a la luz de los recientes acontecimientos». Pedía también la libertad individual y de conciencia, la libertad de palabra y de investigación científica y la igualdad de derechos ante la ley. Por segunda vez en la historia de Alemania, un partido esencialmente antidemocrático presentaba al cuerpo electoral, por razones puramente tácticas, un programa liberal y democrático. Los métodos marxistas habían encontrado adeptos; los nacionalistas habían aprovechado las lecturas de Lenin y Bujarin y elaboraron un plan preciso de futuras operaciones para la conquista del poder y decidieron apoyar en el futuro inmediato la causa del gobierno parlamentario, de la libertad y de la democracia, para poder terminar con ella más tarde. Para ejecutar la primera parte de este programa estaban dispuestos a colaborar no sólo con los católicos, sino también con los socialistas de la mayoría y sus antiguos dirigentes, que temblaban en los palacios gubernamentales de la Wilhelmstrasse.

Para evitar el comunismo y salvar el parlamentarismo y la libertad para el periodo intermedio era necesario derrotar a las fuerzas armadas de los comunistas y de los socialistas independientes. Los restos disponibles del antiguo ejército eran, si los mandaban buenos jefes, lo bastante fuertes para intervenir con éxito contra los comunistas.

Pero entre los generales no se podían encontrar jefes así. Hindenburg era viejo, su papel en la guerra había consistido simplemente en dejar las manos libres a Ludendorff, y sin Ludendorff no servía para nada. A los demás generales les faltaba iniciativa; esperaban órdenes de Hindenburg. Pero el quebrantamiento de la disciplina militar había llegado ya a tal punto que la apatía de los generales no podía ser un obstáculo para la actividad del ejército. El vacío lo llenaron oficiales jóvenes, a veces simples tenientes. Con los soldados desmovilizados, que no mostraban muchos deseos de trabajar honestamente y preferían una vida de aventuras al trabajo regular, algunos de aquellos oficiales formaron los *Freikorps* y al frente de ellos pelearon por su propia cuenta. Otros oficiales apartaron a los más escrupulosos del Estado Mayor y, a veces sin el debido respeto, obligaron a los generales a participar en la guerra civil.

Los Mandatarios del Pueblo habían perdido toda esperanza de salvación cuando de pronto les llegó ayuda. Las tropas entraron en Berlín y suprimieron la revuelta comunista. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg cayeron prisioneros y fueron asesinados. Aquella victoria no puso fin a la guerra civil, que duró varios meses en provincias y de vez en cuando volvió a estallar en Berlín. Con todo, la victoria obtenida por las tropas en Berlín en 1919 salvaguardó las elecciones a la Asamblea Constituyente, las sesiones de este parlamento y la promulgación de la Constitución de Weimar. Guillermo II solía decir: «Donde mis guardias ponen los pies no se vuelve a hablar de democracia.» La democracia de Weimar era un tanto peculiar. Habían peleado por ella y la habían ganado los soldados de caballería del Kaiser. Si se pudo discutir y votar fue porque los nacionalistas, adversarios de la democracia, la preferían a la dictadura de los comunistas. La nación alemana obtuvo el gobierno parlamentario como un regalo de manos de los enemigos mortales de la libertad, que esperaban una oportunidad para volver a quitárselo.

En vano inventaron los socialistas de la mayoría y su afiliado el Partido Demócrata una leyenda más para ofuscar la visión de esos tristes hechos. Según ellos, en los primeros meses posteriores a la revolución de noviembre los marxistas discutieron en sus círculos la cuestión de la forma de gobierno que mejor serviría a los intereses de los trabajadores alemanes. Las discusiones fueron a menudo violentas, porque algunos radicales trataron de perturbarlas. Pero finalmente, tras una cuidadosa deliberación, los trabajadores resolvieron que la forma más adecuada de gobierno era la democracia parlamentaria. Esta magnánima renuncia a la dictadura fue fruto de una voluntaria decisión y aportó una nueva prueba de la madurez política de los trabajadores alemanes.

Esta interpretación de los acontecimientos soslaya cautelosamente el principal problema. A principios de enero de 1919 no había en Alemania más que un problema político: elegir entre el totalitarismo bolchevique bajo la dictadura común de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, por una parte, y el parlamentarismo por otra. Esta lucha no podía ser resuelta con los pacíficos métodos de la democracia. Los comunistas no estaban dispuestos a someterse a la mayoría, tenían armas y dominaban en la mayor parte de la capital y en otros muchos lugares. Si no hubiera sido por las pandillas y tropas nacionalistas y por los restos del antiguo ejército, habrían podido conquistar el poder en todo el Reich e implantar el bolchevismo en Alemania. No había más que un elemento que podía contener su asalto y que lo contuvo: las fuerzas armadas de la derecha.

Los marxistas moderados están en lo cierto cuando dicen que no sólo la burguesía y los agricultores, sino también la mayor parte de los trabajadores organizados, se oponían a la dictadura y preferían el gobierno parlamentario. Pero en aquel momento no se trataba ya de si un hombre estaba dispuesto a votar la candidatura de un partido, sino de si estaba dispuesto a arriesgar su vida por sus convicciones. Los comunistas eran una pequeña minoría, pero no quedaba más que un medio para combatirles: las armas. Quien deseara la democracia (bien desde el punto de vista de su *Weltanschauung*, o simplemente como mal menor) tenía que asaltar los reductos comunistas, disolver sus bandas armadas y dar al gobierno el dominio de la capital y del resto del país. Todo el mundo sabía que esa era la situación. Todos los socialistas de la mayoría sabían que no combatir con armas a los comunistas equivalía a someterse al comunismo. Pero sólo unos cuantos funcionarios intentaron débilmente organizar la resistencia, y sus propósitos fracasaron porque sus amigos políticos se negaron a colaborar.

Es muy importante comprender las ideas que en aquellos días fatales modelaron las actitudes de los socialistas de la mayoría. Porque esas ideas brotaban de la mismísima esencia del pensamiento marxista y reaparecen siempre y dondequiera que el pueblo imbuido de doctrinas marxistas debe afrontar situaciones semejantes. En ellas encontramos una de las principales razones por las cuales el marxismo (dejando aparte su fracaso económico) ha sido y es, incluso en el campo de la actividad política, uno de los fracasos más estrepitosos de la historia.

Los marxistas alemanes (recordémoslo, no los comunistas, sino quienes rechazaban sinceramente la dictadura) argüían de la siguiente manera: para preparar el camino al socialismo democrático es necesario aplastar a los comunistas. (En aquellos días de diciembre de 1918 y enero

de 1919 los marxistas alemanes no comunistas acariciaban todavía la ilusión de que la mayoría del pueblo apoyara su programa socialista.) Es necesario vencer la rebelión comunista mediante la resistencia armada. Pero eso no nos incumbe a nosotros. Nadie puede esperar que nosotros, marxistas y proletarios como somos, nos levantemos en armas contra nuestros camaradas de clase y de partido. Hay que hacer un trabajo sucio, pero eso no nos incumbe a nosotros, pues nuestros principios se oponen a ello. Debemos insistir en el principio de la solidaridad de clase y de partido. Además, si lo ejecutáramos, nosotros perderíamos popularidad y pondríamos en peligro nuestro triunfo en las inminentes elecciones. Nuestra situación es realmente desdichada, pues los comunistas, que no se sienten atados por la misma idea, pueden pelear contra nosotros porque tienen la enorme ventaja de llamarnos traidores y reaccionarios. Nosotros no podemos pagarles en la misma moneda. Ellos son revolucionarios cuando combaten contra nosotros, pero nosotros apareceríamos como reaccionarios al combatir contra ellos. En el reino del pensamiento marxista, los más radicales tienen siempre razón al despreciar y atacar a los moderados. Si les llamáramos traidores y renegados no nos creería nadie. Como marxistas, en esta situación no podemos menos de adoptar una actitud de no resistencia.

Aquellos supersutiles marxistas no veían lo que el pueblo alemán (en el que se contaban millones de afiliados al antiguo partido) comprendía perfectamente: que esa política significaba la abdicación del marxismo alemán. El partido gobernante que confiesa: ahora hay que hacer esto, pues lo exige el momento, pero como nosotros no podemos hacerlo, porque nos lo impiden nuestros principios, tendrá que hacerlo algún otro, renuncia para siempre a la dirección política. Los marxistas no comunistas reprochan severamente a Ebert, Noske y otros dirigentes su colaboración con los nacionalistas vencedores de las fuerzas comunistas. Pero la colaboración no consistió más que en haber hecho unas cuantas consultas. Es posible que los asustados Mandatarios del Pueblo y sus segundos no ocultaran, en esas conversaciones con los mandos nacionalistas, que estaban asustados, que carecían de fuerza y que se alegrarían de que los salvaran. Pero a los ojos de los intransigentes defensores del principio de solidaridad de clase, eso sólo significa traición.

Lo más notable de todo ello es que al comunismo alemán fue derrotado sólo por la derecha, mientras los marxistas no comunistas querían mantenerse neutrales. Si no hubiera sido por la intervención armada nacionalista, Alemania habría sido bolchevique en 1919. El resultado de los acontecimientos de enero de ese año fue que el prestigio de los nacionalistas aumentó de un modo extraordinario, pues a ellos les correspondió la gloria de haber salvado al país, mientras que los socialdemócratas fueron objeto de desprecio. En cada nueva rebelión comunista volvió a repetirse la experiencia. Los nacionalistas lucharon solos contra los comunistas mientras los socialdemócratas dudaban de oponerse a sus «camaradas comunistas». Los socialdemócratas gobernaron en Prusia, el Estado más importante, y en otros más pequeños del Reich, pero gobernaron únicamente gracias al apoyo de los nacionalistas de la *Reichswehr* de los *Freikorps*. Desde entonces estuvieron a merced de la derecha.

Tanto los nacionalistas como los comunistas consideraron la República de Weimar únicamente como campo de batalla de su lucha por la dictadura. Ambos partidos se armaron para la guerra civil; los dos intentaron varias veces iniciar el asalto y hubo que reducirlos por la fuerza. Pero los nacionalistas fueron adquiriendo cada día más fuerza, mientras los comunistas se iban debilitando progresivamente. No era una cuestión de votos y número de miembros en el Parlamento. Los centros de gravedad de ambos partidos estaban fuera del ámbito parlamentario. Los nacionalistas podían actuar libremente. Les apoyaba la mayoría de los intelectuales, de los empleados, de los empresarios, de los agricultores y parte de los obreros especializados. Los problemas de la vida alemana les eran familiares. Podían ajustar sus acciones al cambio de condiciones políticas y económicas de la nación y de cada una de las provincias. Los comunistas, por otra parte, debían obedecer las órdenes de ignorantes jefes rusos que desconocían Alemania, y se veían obligados a cambiar de política de la noche a la mañana cada vez que el comité central de Moscú se lo ordenaba. (…). Los comunistas no desempeñaron en la política alemana más que el

papel de saboteadores y conspiradores. Después de enero de 1919 no contaban ya con ninguna posibilidad de triunfar.

Si hubieran podido elegir, los alemanes se habrían pronunciado en favor de la democracia en 1918. Pero tal como vinieron las cosas, no pudieron elegir más que entre dos dictaduras: la nacionalista y la comunista. No había entre esos dos partidos dictatoriales un tercero que defendiera el capitalismo y su corolario político, la democracia. Ni los socialistas de la mayoría, con el partido Demócrata afiliado a ellos, ni el partido de Centro Católico eran los adecuados para adoptar la democracia "plutocrática" y el republicanismo "burgués". Su pasado y sus ideologías se oponían vigorosamente a esa actitud. Los Hohenzollern perdieron el trono porque rechazaron el parlamentarismo inglés. La República de Weimar fracasó porque rechazó el republicanismo francés tal como se concretó de 1875 a 1930 en la Tercera República. No tenía más programa que el de navegar entre los dos grupos que aspiraban a la dictadura, lo que para quienes apoyaban el gobierno parlamentario no era el mejor sistema, sino una medida de emergencia, un ir tirando. Los socialistas de la mayoría querían ser marxistas moderados y nacionalistas moderados, nacionalistas marxistas, y marxistas nacionalistas. Los católicos querían combinar el nacionalismo y el socialismo con el catolicismo y seguir manteniendo la democracia. Un eclecticismo así está condenado al fracaso. No atrae a la juventud y sucumbe en todos los conflictos con adversarios resueltos.

Mientras los demás partidos soslayaban la discusión de sus peligros, los nacionalistas ofrecían un plan para su solución, y como lo único que se les ofreció a los alemanes fue ese plan de conquista mundial, lo aprobaron. Nadie les dijo que había otra salida. Los marxistas y los católicos no fueron ni siquiera lo bastante sagaces para ver que el plan de dominio mundial estaba condenado a fracasar militarmente; por nada del mundo querían herir la vanidad del pueblo, que estaba convencido de su propia invencibilidad. Pero aunque los adversarios de la agresión hubieran expuesto adecuadamente los peligros y riesgos de una nueva guerra, los ciudadanos corrientes habrían seguido prefiriendo a los nazis. Porque los nazis, más cautelosos y listos, decían: nosotros tenemos un plan preciso para salvar a Alemania. Es muy arriesgado y no podemos garantizar el triunfo, pero nos brinda una posibilidad, mientras nadie más tiene la menor idea de cómo afrontar nuestra seria situación. Si no hacéis caso estáis perdidos; si nos seguís hay por lo menos una posibilidad de triunfar.

3. Los partidos armados

La revolución de noviembre trajo la reaparición de un fenómeno que no se había manifestado en mucho tiempo en la historia de Alemania. Aventureros militares formaron pandillas armadas o *Freikorps* y se pusieron a actuar por su cuenta. El método lo iniciaron los comunistas revolucionarios, pero pronto lo adoptaron y perfeccionaron los nacionalistas. Oficiales despedidos del antiguo ejército juntaron soldados desmovilizados y muchachos mal adaptados y ofrecieron su protección a los campesinos amenazados por las expediciones de los hambrientos habitantes de las ciudades y a la población de las fronteras orientales que sufría las irrupciones de guerrillas polacas y lituanas. En pago de sus servicios, los terratenientes y los agricultores les proporcionaban comida y techo. Cuando la situación que les había hecho parecer útiles cambió, las pandillas se dedicaron al chantaje y a sacar dinero a los terratenientes, a los comerciantes y a la gente rica y se convirtieron en una calamidad pública.

El gobierno no se atrevió a disolverlas. Algunas de las pandillas habían luchado valientemente contra los comunistas. Otras habían defendido con éxito las provincias orientales contra los polacos y los lituanos y se jactaban de sus triunfos. La juventud nacionalista no ocultaba sus simpatías hacia ellas. Los viejos dirigentes del partido nacionalista eran profundamente hostiles a los inmanejables jefes de pandilla que se resistían a sus consejos y cuya actividad perjudicaba

directamente a sus bien estudiados planes. Las exigencias de los *Freikorps* eran una carga pesada para los terratenientes y campesinos. Las pandillas no eran ya necesarias como defensa contra las rebeliones comunistas. La *Reichswehr,* nuevo ejército reorganizado conforme a las disposiciones del Tratado de Versalles, era ya lo bastante fuerte para ello. Los paladines nacionalistas, que estaban en lo cierto al sospechar que los jóvenes que formaban las pandillas esperaban desalojarlos de la dirección del movimiento nacionalista, inventaron un plan inteligente para acabar con ellas. Se las incorporaría a la *Reichswehr* de esa manera serían inocuas. Y como cada día les resultaba más difícil a los capitanes obtener fondos para el sostenimiento de sus hombres, se mostraron dispuestos a aceptar el ofrecimiento y a obedecer las órdenes de los oficiales del ejército.

Esta solución era, sin embargo, una violación del Tratado de Versalles, que había limitado la *Reichswehr* a cien mil hombres. Inmediatamente hubo choques con los representantes franceses e ingleses. Las potencias aliadas pidieron la disolución total de la llamada *Reichswehr* negra, y cuando el gobierno, obediente, decidió disolver la tropa negra más importante, la brigada de marinos Ehrhardt, provocó la insurrección de Kapp.

La guerra contra el extranjero, la guerra civil y la mentalidad revolucionaria de los marxistas y los nacionalistas habían creado tal espíritu de brutalidad que los partidos políticos dieron carácter militar a sus organizaciones. Tanto la derecha nacionalista como la izquierda marxista contaban con fuerzas armadas. Estas tropas de partido eran, claro está, completamente distintas de las fuerzas formadas por nacionalistas exaltados y por comunistas radicales. Las formaban hombres que trabajaban con regularidad de lunes a sábado y que en los fines de semana se ponían el uniforme y desfilaban al son de charangas, con brazaletes y hasta con armas. Aquellos hombres se enorgullecían de pertenecer a sus asociaciones, pero no tenían ganas de pelear, no les animaba el espíritu de agresión. Su existencia, sus desfiles, sus jactancias y los audaces discursos de sus jefes eran una molestia, pero no una amenaza, contra la paz interior.

Después del fracaso de las intentonas revolucionarias de Kapp en marzo de 1920, de Hitler y Ludendorff en noviembre de 1923 y de varias rebeliones comunistas, la más importante de las cuales fue la de Holz en marzo de 1921, Alemania estaba en vías de volver a la normalidad. Los *Freikorps* y las pandillas comunistas empezaron a desaparecer lentamente del escenario político. Todavía hacían alguna escaramuza unos contra otros y contra la policía, pero las peleas fueron degenerando más y más hacia el pandillerismo y el pillaje. Ni esos alborotos ni las conspiraciones de unos cuantos aventureros podían poner en peligro la estabilidad del orden social.

Pero el Partido Socialdemócrata y la prensa cometieron la torpeza de denunciar reiteradamente a los pocos *Freikorps* que seguían actuando y a pedir con vehemencia su disolución. Esta actitud era un desafío a los partidos nacionalistas, a quienes los aventureros no les disgustaban menos que a los socialdemócratas, pero que, no atreviéndose a abandonarlos abiertamente, replicaron pidiendo la simultánea disolución de las fuerzas comunistas. Pero los socialdemócratas se hallaban en igual situación respecto a las pandillas comunistas. Las odiaban y las temían, pero no querían combatirlas abiertamente.

Como en el *Reich* de Bismarck, también en la república de Weimar los principales poderes de la administración civil eran atributos, no del gobierno del *Reich*, sino de los gobiernos de los Estados que lo formaban. El Estado más extenso y más rico, el de población más numerosa, el centro de gravedad del Reich o, mejor aún, el Reich propiamente dicho, era Prusia. El hecho de que el partido conservador hubiera dominado en Prusia había dado a los conservadores hegemonía en la Alemania imperial. El hecho de que los socialdemócratas gobernaran Prusia en la República de Weimar les dio preponderancia en la Alemania republicana. Cuando el canciller von Papen derrocó en Prusia el régimen socialista mediante el golpe de Estado del 20 de julio de 1932, la suerte del *Reich* quedó virtualmente decidida.

El gobierno bávaro se resistió a disolver las pandillas nacionalistas en su territorio. Su actitud no obedecía a la simpatía hacia los nacionalistas, sino al particularismo provincial. Desobedecer a la autoridad central era cuestión de principio. El gobierno del *Reich* se vio sin saber

qué hacer, pues para imponer su voluntad a un Estado desobediente no contaba más que con un medio: la guerra civil. En esta situación el gobierno socialdemócrata prusiano recurrió a una medida fatal. El 22 de febrero de 1924 creó la *Reichsbanner Schwartz-Rot-Gold*. No era una tropa particular, como las demás fuerzas armadas de los partidos. Era un ejército del partido gobernante prusiano y contaba con el pleno apoyo del gobierno prusiano. Para su jefatura se nombró a un relevante funcionario prusiano: el gobernador de la provincia de Sajonia. La *Reichsbanner* era una asociación, no partidista, de todos los hombres leales al sistema republicano de gobierno y a la Constitución de Weimar. Pero en realidad era una institución socialdemócrata. Sus dirigentes insistieron en que todos los afiliados a los demás partidos leales serían bien recibidos en sus filas. Pero la inmensa mayoría de sus miembros eran socialdemócratas que hasta entonces habían formado parte de las distintas fuerzas armadas de organizaciones socialistas locales y provinciales. La fundación de la *Reichsbanner* no robusteció, pues, a las fuerzas militares de la socialdemocracia, pero les proporcionó una nueva organización más centralizada y el apoyo oficial del Estado prusiano. No fueron nunca en él muy numerosos los miembros del partido del Centro Católico, y pronto desaparecieron completamente de sus filas. El tercer partido leal, el Demócrata, era un insignificante afiliado al socialdemócrata.

Los socialdemócratas han intentado justificar la creación de la *Reichsbanner* aludiendo a las inclinaciones nacionalistas de la *Reichswehr,* de los cien mil soldados que formaban el ejército del *Reich*. Pero la rebelión de Kapp había demostrado que los socialistas tenían en la huelga general un arma muy eficaz para derrotar a los nacionalistas. La única amenaza seria contra la República de Weimar estaba en las simpatías nacionalistas de las filas del obrerismo organizado. Los dirigentes socialdemócratas no podían luchar con éxito contra esa tendencia; muchos de ellos simpatizaban en secreto con ella.

El aspecto siniestro de la creación de la *Reichsbanner* fue que brindó a Hitler un punto de arranque. Su *putsch* de Munich de noviembre de 1923 había acabado en un completo fracaso. Cuando salió de la cárcel en diciembre de 1924 se le presentaba una perspectiva política muy negra y lo que necesitaba era exactamente la creación de la *Reichsbanner*. Todos los no marxistas, es decir, la mayoría de la población, estaba aterrorizada por los desafiantes discursos de sus dirigentes y por el hecho de que al cabo de un año de existencia contaba con tres millones de miembros, muchos más que todas las *Wehrverbande* de la derecha juntas. Como los socialdemócratas, exageraban la fuerza de la *Reichsbanner* y de su disposición para la lucha. El resultado fue que mucha buena gente se mostró dispuesta a ayudar a las tropas de asalto nazis.

Pero estas tropas eran muy distintas de las demás fuerzas armadas de los partidos de derecha o de izquierda. No las formaban hombres de cierta edad que habían peleado en la primera guerra mundial y que querían conservar sus empleos para sostener a sus familias. Las *Sturmabteilung*, como los antiguos *Freikorps*, estaban formadas por jóvenes desocupados que se ganaban la vida peleando. Se podía contar con ellos a cualquier hora del día o de la noche, no sólo en los fines de semana o días feriados. Se podía dudar de que las fuerzas de partido (fueran de derecha o de izquierda) estuvieran dispuestas a luchar si se les atacaba seriamente. Era seguro que no emprenderían nunca una campaña agresiva. Pero las tropas de Hitler eran combativas; las formaban bronquistas profesionales. Si los adversarios del nazismo no se hubieran sometido sin resistencia en 1933, aquellas tropas habrían luchado por su *Führer* en una guerra civil.

A Hitler le subvencionaron las grandes empresas en el primer periodo de su carrera. Pero mucho más dinero les sacó él en el segundo periodo de su lucha por la supremacía. Thyssen y los demás le pagaron pero no lo sobornaron. Hitler les aceptó el dinero como acepta un rey el tributo de sus súbditos. Si le hubieran negado lo que les pidió, habría saboteado sus plantas o los hubiera asesinado. Estas medidas radicales fueron innecesarias. Los capitalistas preferían permanecer en el nazismo reducidos a la condición de gerentes, a ser liquidados a la rusa por el comunismo. Tal como era la situación de Alemania no les quedaba otra alternativa.

Tanto la fuerza como el dinero son impotentes contra las ideas. Los nazis no debieron su

conquista de Alemania ni a que sacaron unos cuantos millones de marcos a los grandes empresarios, ni a que eran unos luchadores implacables. La gran mayoría de la nación alemana había sido socialista y nacionalista durante muchos años. Los sindicatos socialdemócratas simpatizaban con el radicalismo nacionalista tanto como los campesinos, los católicos y los tenderos. Los comunistas debían en gran parte sus votos a la idea de que la mejor manera de establecer la hegemonía alemana en Europa y derrotar al capitalismo occidental era el comunismo. Los empresarios y comerciantes alemanes aportaron su contribución al triunfo del nazismo, pero también la aportaron las demás capas sociales del país. No se exceptuaban ni siquiera las religiones, ni la católica, ni las protestantes.

Para explicar los grandes cambios ideológicos no basta afirmar que alguien se ha gastado el dinero. Sea cual fuere, la popularidad del comunismo en los Estados Unidos de hoy no se debe ni a generosas subvenciones del gobierno ruso ni al hecho de que algunos millonarios hayan contribuido monetariamente a diarios y revistas de izquierda. Y aunque es cierto que algunos banqueros judíos, asustados por el antisemitismo nazi, han contribuido a los fondos de partidos socialistas, y que la fundación más rica que jamás se haya creado para el estudio de las ciencias sociales en Alemania fue la de un comerciante de trigo judío que fundó un instituto marxista en la universidad de Frankfurt, el marxismo alemán no es, sin embargo, como afirman los nazis, obra de empleados judíos.

La consigna «comunidad nacional» (*Volksgemeinschaft*) se había apoderado de tal modo de la mentalidad alemana que cuando los nazis dieron el golpe final nadie se atrevió a resistir. Los nazis destruyeron las esperanzas de muchos grupos que en un tiempo les ayudaron. Las grandes empresas, los terratenientes, los agricultores, los artesanos, los tenderos y las iglesias se sintieron desilusionados. Pero el prestigio de los principales puntos del credo nazi (nacionalismo y socialismo) era tan abrumador que esta insatisfacción no tuvo consecuencias importantes.

2. La abortada socialización

Los socialdemócratas habían puesto a la cabeza de sus programas de partido la petición de socialización (*Vergeselleschaftung*) de los medios de producción, lo que habría sido claro y sin ambigüedades si el pueblo hubiera estado preparado para interpretarlo como la forzosa expropiación de los medios de producción por parte del Estado y, en consecuencia, como la gerencia gubernamental de todos los sectores de la actividad económica. Pero los socialdemócratas afirmaban categóricamente que no era ese el sentido de su aspiración fundamental. La nacionalización (*Verstaatlichung*) y la socialización, insistían, son dos cosas completamente distintas. Las medidas de nacionalización y municipalización (*Verstaatlichung*) de varias instalaciones industriales y empresas, que el *Reich* y los Estados que lo formaban habían considerado desde los años ochenta del siglo pasado como parte esencial de su política socioeconómica, no eran ni socialización ni los primeros pasos hacia ella. Eran, por el contrario, resultado de una política capitalista extremadamente perjudicial a los intereses de los trabajadores. La negativa experiencia de estas empresas nacionalizadas y municipalizadas no tenía, pues, ninguna relación con la propuesta socialista de socialización. Sin embargo, los marxistas no explicaban lo que la socialización significa realmente ni sus diferencias con la nacionalización. Intentaron dar unas torpes explicaciones, pero pronto marginaron la discusión de tan espinoso problema. El tema se volvió tabú. No hubo ningún alemán decente que tuviera audacia suficiente para quebrantar la consigna planteando el problema.

La Primera Guerra Mundial trajo una tendencia hacia el socialismo de guerra. Una rama de negocios tras otra fue centralizada, es decir sometida forzosamente a la dirección de una comisión cuyos miembros (empresarios del sector en cuestión) no eran más que consejeros del comisario del

gobierno. Así, el gobierno obtuvo el control total de todas las ramas vitales de la actividad económica. El programa Hindenburg propiciaba una aplicación general de este principio para todos los sectores del comercio y de la producción de Alemania, y su ejecución la hubiera transformado en una comunidad puramente socialista según el modelo *Zwangswirtschaft*. Pero este programa no había sido aún completamente realizado cuando el Imperio Alemán se hundió.

El socialismo de guerra era muy impopular en Alemania. La gente le culpaba incluso de aquello de lo que no era responsable. No se podía acusar sólo al socialismo de guerra del hambre que había en Alemania. El bloqueo comercial, la ausencia de millones de trabajadores que prestaban servicio en las fuerzas armadas y el hecho de que gran parte del esfuerzo productivo hubo que orientarlo a la producción de armamentos y municiones contribuyeron a empeorar la situación más aún que lo inadecuado de los métodos socialistas de producción. Los socialdemócratas debieron haber explicado estos hechos, pero no querían perder ninguna oportunidad que pudiera ser explotada para desfigurarlos demagógicamente. Atacaban a la *Zwangswirtschaft* como tal. Según ellos, este sistema era la peor clase de explotación y abuso capitalista y había demostrado la urgente necesidad de sustituir el capitalismo por el socialismo.

El fin de la guerra trajo la derrota militar, la revolución, la guerra civil, el hambre y la desolación. Millones de soldados desmovilizados, muchos de los cuales retuvieron sus armas, volvieron a sus casas y robaron depósitos militares, detuvieron trenes para buscar comida. Acompañados de obreros despedidos de las fábricas que de la noche a la mañana se habían visto obligadas a suspender la producción de municiones, invadieron el campo en busca de pan y de patatas. Los aldeanos se organizaron para resistir con armas. La situación era caótica. Los inexpertos e ignorantes socialistas que se habían apoderado del poder no sabían qué hacer y sus órdenes y contraórdenes desintegraron el aparato administrativo. A las masas hambrientas que pedían comida se les servían discursos grandilocuentes.

En esta emergencia el capitalismo dio pruebas de su adaptabilidad y eficiencia. Los empresarios, desafiando al fin las innumerables leyes y decretos de la *Zwangswirtschaft*, intentaron poner en marcha sus fábricas. Lo más urgente era reanudar la producción para exportar con objeto de comprar víveres y materias primas en los países neutrales y en los Balcanes. Sin tales importaciones, Alemania habría sido condenada a la perdición. Los empresarios triunfaron en sus esfuerzos y salvaron a Alemania. La gente los tachaba de especuladores, pero se precipitaba a adquirir los productos puestos a la venta y se alegraban de adquirir esos artículos tan necesarios. Los desocupados volvieron a encontrar trabajo. Alemania inició la vuelta a la normalidad.

Los socialistas no se preocuparon mucho de la reducción de la *Zwangswirtschaft*. El sistema, en su opinión, lejos de ser socialista, era un mal capitalista que había que abolir en cuanto fuera posible. Sólo entonces debería empezar la verdadera socialización.

Pero, ¿qué significaba la socialización? Según los marxistas, no era ni lo que representaba la nacionalización de los ferrocarriles y de las minas del Estado, ni el socialismo de guerra de la *Zwangswirtschaft*. ¿Qué otra cosa podía ser? Los marxistas de todos los grupos tuvieron que confesar que no lo sabían. Durante más de cincuenta años habían predicado la socialización como punto fundamental de su programa. Ahora que se habían apoderado del poder tenían que ejecutar su programa. Tenían que afrontar la socialización. Pero pronto se vio que no sabían lo que eso quería decir. Fue algo mas bien incómodo.

Afortunadamente, los dirigentes socialistas se acordaron de que hay una clase de hombres que se dedican a saberlo todo: los omniscientes profesores. El gobierno nombró una comisión de socialización. La mayoría de sus miembros eran socialdemócratas, pero no era de ellos, sino de los profesores, de quienes se esperaba la solución del enigma. Los profesores nombrados por el gobierno no eran socialdemócratas. Propugnaban la *Sozialpolitik* que en años anteriores había favorecido la nacionalización y municipalización de varias empresas y que recientemente había apoyado la economía planificada, la *Zwangswirtschaft*. Siempre habían apoyado precisamente el reformismo que los marxistas ortodoxos denunciaban como una farsa capitalista perjudicial para el

proletariado. La comisión para la socialización deliberó muchos años, se mesó los cabellos, destiló unas superalambicadas definiciones, trazó planes absurdos y propugnó malos principios económicos. Pero no lograron responder a la pregunta de lo que significaba la socialización como cosa distinta de la nacionalización (*Verstaatlichung*) o de la planificación (*Zwangswirtschaft*). (…). Sus dictámenes e informes, coleccionados y archivados en gruesos volúmenes, descansan en las bibliotecas para edificación de futuras generaciones.

No hay más que dos métodos de socialización, y los dos fueron aplicados por el gobierno imperial alemán. Está, por un lado, la nacionalización completa, que es el método de la Rusia soviética; por otro, la planificación centralizada, que es la *Zwangswirtschaft* del programa Hindenburg y el método nazi. Con su hipócrita demagogia, los marxistas alemanes se habían cerrado los dos caminos. Los marxistas de la República de Weimar no sólo dejaron de acentuar la tendencia hacia la socialización, sino que toleraron el abandono virtual de las medidas socializadoras más efectivas iniciadas por el gobierno imperial. Sus adversarios, y el primero de ellos el régimen del canciller católico Bruning, reanudaron más tarde la política de planificación y los nazis la perfeccionaron estableciendo la planificación general, el socialismo alemán tipo *Zwangswirtschaft*.

A los trabajadores alemanes, tanto socialdemócratas como comunistas, no les importaba gran cosa la socialización. Para ellos, como dijo Kautsky, la revolución no significaba sino una oportunidad para elevar los salarios. Daban más importancia a la subida de salarios, a la ayuda al desempleo y a la reducción del horario laboral que a la socialización.

Es cierto, los dirigentes socialdemócratas eran incompetentes; algunos carecían de sinceridad y estaban corrompidos. Pero eso no se debía a la casualidad. (…). La corrupción es un mal inherente a todo gobierno que no esté fiscalizado por una despierta opinión pública.

Esta situación no fue resultado de la traición de los dirigentes socialistas, sino de las contradicciones inherentes al credo socialdemócrata. Los marxistas propiciaban un programa cuya realización había de llevar a la omnipotencia del Estado y al totalitarismo, pero tampoco dejaban de hablar incansablemente de «quitarse de encima esa chatarra del Estado en su totalidad», y de la «destrucción del Estado». Propugnaban la socialización, pero rechazaban los dos únicos métodos disponibles para realizarla. Decían que los sindicatos habían fracasado en mejorar la condición del obrero, pero el punto fundamental de su actividad política era la política sindical. Enseñaban que el socialismo no podía implantarse mientras el capitalismo no llegara a su plena madurez y denigraban como «pequeñoburguesas» todas las medidas planeadas para contener o retrasar la evolución del capitalismo, pero ellos mismos las pedían vehemente y fanáticamente. Estas contradicciones e incoherencias, no las maquinaciones de los capitalistas o empresarios, fueron las que determinaron la debacle del marxismo alemán.

Quienes estaban dispuestos a tomar en serio la demanda por la socialización desertaron de las filas marxismo y se pasaron al nazismo. Porque los nazis, aunque más corrompidos moralmente, apuntaban sin ambigüedades a la economía planificada.

6. El nazismo y los trabajadores alemanes

A los escritores que han analizado los problemas del nazismo les ha intrigado el siguiente enigma: en Alemania había muchos millones de afiliados a los partidos socialdemócrata y del Centro católico y que a la vez eran miembros de los sindicatos dirigidos por esos partidos. ¿Cómo pudieron los nazis imponerse a esas masas de resueltos adversarios y establecer su sistema totalitario? ¿Es que de la noche a la mañana cambiaron de modo de pensar? ¿O eran unos cobardes que se sometieron al terror de las tropas de asalto y se resignaron a esperar el día de la redención? ¿Son marxistas todavía los obreros alemanes? ¿Apoyan sinceramente al nazismo?

Al plantear de esa manera el problema se comete un error fundamental. La gente parte de la gratuita suposición de que los miembros de los diversos clubs políticos y sindicatos eran socialdemócratas, comunistas y centristas convencidos y aprobaban plenamente los principios y programas de sus dirigentes. No se tiene generalmente en cuenta que el pertenecer a un partido o a un sindicato era virtualmente obligatorio. Aunque en la Alemania de Weimar el sistema de afiliación obligatoria a un único sindicato no se llevó a los extremos a que hoy se ha llegado con el nazismo, se fue sin embargo bastante lejos. En la mayor parte de Alemania y en la mayoría de los sectores de producción alemana le era prácticamente imposible a un trabajador quedarse fuera de los grandes grupos sindicales. Si buscaba trabajo o no quería que lo despidieran, o si pretendía el subsidio de desempleo, tenía que afiliarse a uno de los sindicatos, que ejercían una presión económica y política a la cual todos tenían que someterse. Afiliarse a un sindicato vino a ser prácticamente, para el trabajador, una cosa de rutina, y si se afiliaba era por hacer lo que hacía todo el mundo y porque era peligroso no afiliarse. No le incumbía averiguar cuál era la *Weltanschauung* de su sindicato. Tampoco los burócratas del sindicato se preocupaban de los principios de los afiliados. Lo único que querían era atraer al sindicato a cuantos fuera posible.

Estos millones de trabajadores organizados estaban obligados a aprobar de palabra las doctrinas de sus partidos, a votar a los candidatos del partido para diputados y cargos del sindicato, a suscribirse a los diarios del partido y a evitar criticar públicamente su política. Pero la experiencia diaria les probaba, sin embargo, que algo iba mal. Cada día se enteraban de que los países extranjeros imponían nuevas barreras comerciales a los productos alemanes, es decir, a los productos de su trabajo y fatiga. Como los sindicatos, con pocas excepciones, no estaban dispuestos a aprobar la rebaja de salarios, cada nueva barrera comercial producía un aumento del desempleo, y los trabajadores perdían confianza en los marxistas y en los centristas. Se dieron cuenta de que estos hombres no sabían cómo afrontar sus problemas y de que lo único que hacían era acusar al capitalismo. El trabajador alemán era radicalmente hostil al capitalismo, pero las denuncias contra él le parecían insatisfactorias en aquellas circunstancias. No podía esperar que la producción se mantuviera mientras se redujera la exportación, y empezó a interesarse por los argumentos nazis. Tales son las consecuencias, le decían los nazis, de nuestra desdichada dependencia de los mercados extranjeros y de los caprichos de los gobiernos extranjeros. Alemania está condenada si no logra conquistar más espacio y llega a bastarse a sí misma. Todos los esfuerzos para mejorar la condición del trabajador son vanos mientras nos veamos reducidos a servir de esclavos asalariados de capitalistas extranjeros. Estas palabras impresionaban a los trabajadores. No desertaban de sus sindicatos ni de sus clubs de partido, pues eso les hubiera podido traer serias consecuencias. Por miedo o por inercia, siguieron votando a los socialdemócratas, a los comunistas o a los centristas. Pero se volvieron indiferentes tanto al socialismo marxista como al católico y empezaron a simpatizar con el nacionalsocialismo. Desde antes de 1923 las filas de los sindicatos alemanes estaban ya llenas de trabajadores que simpatizaban en secreto con los nazis. A los trabajadores alemanes no le perturbó gran cosa que los nazis acabaran incorporando a la fuerza a todos los afiliados a los sindicatos al Frente del Trabajo. Se volvieron hacia el nazismo porque los nazis tenían un programa que trataba su problema más urgente: las barreras comerciales extranjeras. Los demás partidos carecían de ese programa.

El despido de los impopulares funcionarios de los sindicatos no agradó a los trabajadores menos que las humillaciones que infligieron los nazis a los empresarios y gerentes de empresas. Los propietarios se vieron reducidos a la condición de gerentes. Los obreros se regocijaron de las desdichas de sus patronos. Fueron ellos quienes triunfaron cuando sus patronos, echando espumarajos de rabia, tuvieron que desfilar con ellos en los solemnes desfiles oficiales. El verlos así fue un bálsamo para sus corazones.

Luego vino el boom del rearme. Ya no hubo desocupados. Pronto empezó a escasear la mano de obra. Los nazis consiguieron resolver un problema que los socialdemócratas no habían podido dominar. Los trabajadores exultaban.

Por supuesto que los diez años de desgobierno nazi han de reavivar el comunismo alemán, y el día de la caída de Hitler serán el partido más fuerte de Alemania. En el día de la derrota el Frente del Trabajo se derrumbará como lo hicieron los sindicatos marxistas y católicos en 1933. Es muy probable que los trabajadores sean ahora plenamente conscientes del lado oscuro de la imagen. Los nazis no los han llevado a la tierra de la leche y la miel. En el desierto de las tarjetas de racionamiento van floreciendo las semillas del comunismo.

5. La depresión económica

La gran inflación alemana fue resultado de las doctrinas monetarias de los socialistas de cátedra y tuvo poco que ver con el curso de los acontecimientos militares y políticos. El autor de este libro la predijo en 1912, y el economista norteamericano B.M. Anderson confirmó en 1917 la predicción. Pero la mayoría de las personas que entre 1914 y 1923 estaban en situación de influir en la política monetaria y bancaria de Alemania, y todos los periodistas, escritores y políticos que se ocupaban de estos problemas, discurrían en el engaño de que la cantidad de billetes de banco no afecta al precio de los artículos de primera necesidad ni a los cambios de moneda extranjera, y culpaban de la subida de precios al bloqueo y a los especuladores, y de la subida de los tipos de cambio a la desfavorable balanza de pagos. Ninguno de ellos levantó un dedo para contener la inflación. Como todos los partidos inflacionistas, sólo querían combatir las indeseables pero inevitables consecuencias de la inflación, es decir, la subida de los precios. Su ignorancia de los problemas económicos les empujaba hacia el control de precios y las restricciones en los cambios de moneda extranjera. Nunca lograron comprender por qué fallaron sus tentativas. La inflación no fue un acto de Dios ni una consecuencia del tratado de Versalles. Fue la aplicación práctica de las mismas ideas estatistas que habían engendrado el nacionalismo. Todos los partidos políticos alemanes tuvieron parte de la responsabilidad por la inflación. Todos se aferraron al error de que la devaluación de la moneda se debía, no a la expansión del crédito bancario, sino a la desfavorable balanza de pagos.

La inflación empobreció a la clase media. Las víctimas se unieron a Hitler, pero no porque sufrían, sino porque creían que el nazismo les iba a aliviar. El hecho de que un hombre sufra de mala digestión no explica por qué consulta a un curandero; le consulta porque cree que le curará. Si opinara de otra manera, acudiría a un médico. La mala situación de Alemania no justifica, pues, el éxito del nazismo. Había otros partidos, el socialdemócrata y el comunista, por ejemplo, que recomendaban sus propias medicinas patentadas.

A Alemania le afectó la gran depresión de 1929 en adelante, pero no más que a otros países. Al contrario. En los años de la depresión los precios de los géneros alimenticios y de las materias primas que Alemania importaba bajaron más que los de los productos terminados que exportaba.

No debemos exagerar la capacidad intelectual de las masas alemanas, pero no eran tan tontos como para no ver que el fundamental problema alemán era la autarquía y que los únicos que tenían una idea de cómo afrontarlo (aunque una idea espuria) eran los partidos nacionalistas.

Los partidos que creían luchar contra el nacionalismo radical (los socialdemócratas y sus satélites, y los comunistas, el Centro y algunos grupos de granjeros) eran, contradictoriamente fanáticos defensores del estatismo y del hiper-proteccionismo. Pero eran demasiado estrechos de pensamiento para comprender que esa política planteaba a Alemania el tremendo problema de la autarquía. Simplemente cerraron los ojos.

La conducta de las izquierda alemana no fue menos una política de avestruces que la de la izquierda en Gran Bretaña o en Francia. Por un lado, la izquierda propugnaban la omnipotencia del Estado y por lo tanto el hiper-proteccionismo; por el otro, no pensaron en el hecho de que en un mundo de autarquía, Alemania estaba condenada a la inanición.

Toda la nación alemana era partidaria de la política intervencionista que debía llevar a la

Zwangswirtschaft. Pero sólo los nazis comprendieron que mientras Rusia podía vivir autárquicamente, Alemania no podía.

Había solo una alternativa al nacionalismo: la adopción del libre comercio sin restricciones. Nadie en Alemania consideraba tal reversión. Hubiera requerido el abandono de todas las medidas de la *Sozialpolitik* , del control gubernamental y de la presión de los sindicatos.

La depresión debió haber producido un descenso de los salarios. Pero como los sindicatos no permitieron que bajaran, el desempleo aumentó. Tanto los socialdemócratas como los comunistas confiaban en que el aumento del desempleo les favorecería. Pero obró a favor del nazismo.

La gran depresión fue internacional. Sólo en Alemania, sin embargo, trajo el triunfo de un partido que, como panacea, recomendaba el rearme y la guerra. Triunfaron porque no tropezaron con ningún partido que propiciara el *laissez faire*, es decir, la economía de mercado.

Los marxistas alemanes refugiados se jactan de que sus partidos hicieron algunos esfuerzos (muy tímidos realmente) para evitar el rearme de Alemania. Pero eso era sólo una prueba de su incoherencia y de su incapacidad para ver la realidad tal como era. Quien quisiera mantener la paz tenía que combatir el estatismo, sin embargo, la izquierda no era menos fanática en su apoyo al etatismo que la derecha.

* por **autarquía** se entiende independencia económica o autoabastecimiento

4. El Tratado de Versalles

Los cuatro tratados de paz de Versalles, Saint Germain, Trianon y Sévres forman el arreglo diplomático más torpe que jamás se haya concertado y serán recordados siempre como relevantes ejemplos de fracaso político. Se proponían establecer una paz duradera, pero el resultado fue una serie de guerras menores y por último una nueva guerra mundial más terrible que la anterior. Se proponían salvaguardar la independencia de los pequeños países, y el resultado fue la desaparición de Austria, Abisinia, Albania y Checoslovaquia. Iban a asegurar al mundo la democracia, y los resultados fueron Stalin, Hitler, Mussolini, Franco y Horthy.

Sin embargo, uno de los reproches que generalmente se le hacen al tratado de Versalles carece totalmente de fundamento. La propaganda alemana consiguió convencer a la opinión pública de los países anglosajones de que los términos del tratado eran muy injustos para Alemania, de que las privaciones que impuso a los alemanes los llevaron a la desesperación y de que el nazismo y la guerra actual son fruto del mal trato impuesto a Alemania. Todo eso es completamente falso. El orden político establecido en Europa por los cuatro tratados era muy insatisfactorio. Los problemas de la Europa oriental fueron zanjados con tal descuido de las verdaderas condiciones, que el resultado fue el caos. Pero el tratado de Versalles no fue injusto para Alemania ni sumió al pueblo alemán en la miseria. Si sus disposiciones se hubieran llevado a la práctica, Alemania no habría podido rearmarse y volver a atacar. El mal no estuvo en que el tratado fuera malo para Alemania, sino en que las potencias victoriosas le permitieron burlar sus cláusulas más importantes.

El tratado obligaba a Alemania a ceder los territorios no alemanes conquistados por Prusia y cuya mayoría de población no alemana se oponía resueltamente a la dominación alemana. El único título que Alemania tenía respecto a aquellos países era la conquista. Que al Reich se le obligara a devolver territorios de los que se habían apoderado los Hohenzollern no fue, como solían decir los propagandistas alemanes, el robo más escandaloso que jamás se haya cometido. El tema favorito de la propaganda alemana era el corredor polaco. ¿Qué habrían dicho los ingleses o los franceses, gritaban los oradores nazis, si se les hubiera cortado un trozo de su país y dividido en dos partes separadas para ceder paso a otro país? Los gritos impresionaron a la opinión pública de todo el mundo. Los propios polacos arrojaron poca luz sobre el asunto. En aquellos años estaban

gobernados por una incompetente y corrompida oligarquía, y a la camarilla dirigente le faltaba vigor intelectual para combatir la propaganda alemana.

La verdad es la siguiente. En la Edad Media los Caballeros Teutónicos conquistaron el país que hoy es conocido como provincia prusiana de la Prusia oriental. Pero no consiguieron conquistar el territorio que en 1914 era la provincia prusiana de la Prusia occidental. La Prusia oriental no estaba, pues, unida al Imperio alemán. Entre los límites occidentales de la Prusia oriental y los orientales del Sacro Imperio había un trozo de tierra gobernado por los reyes de Polonia, de la que formaba parte, y que estaba habitado por polacos. Este trozo de tierra, es decir,la Prusia occidental, fue anexionado por Prusia en el primer reparto de Polonia, e importa fijarse en que esta anexión, lo mismo que la de la provincia prusiana de Posen, la hizo Prusia, y no el Imperio alemán. Estas provincias no pertenecían ni al Sacro Imperio, que se disolvió en 1806, ni a la Confederación Germánica, que fue de 1815 a 1866 la organización política de la nación alemana. El hecho de que el rey de Prusia, en su calidad de elector-marqués de Brandeburgo y de duque de Pomerania, fuera miembro del Sacro Imperio y de la Confederación Germánica no tenía para aquellas provincias orientales más significado que el que en otro tiempo tuvo para Inglaterra el hecho de que el rey, en su calidad de elector (y después de rey) de Hannover fuera príncipe del Sacro Imperio y posteriormente miembro de la Confederación Germánica. Hasta 1866 la relación de estas provincias con Alemania era como la de Virginia o Massachusetts con Alemania entre 1714 y 1776 ó como la de Escocia entre 1714 y 1837. Eran países extranjeros gobernados por un príncipe que al mismo tiempo gobernaba un país alemán.

Fue en 1866 cuando el rey de Prusia, por su propia decisión soberana, incorporó estas provincias al Norddeutscher Bund, y en 1871 cuando las incorporó al Deutsches Reich. A los habitantes de estos países no se les pidió su conformidad. En realidad no estaban conformes. Al Reichstag alemán enviaron diputados polacos, y siempre expresaron su deseo de conservar su idioma polaco y sus tradiciones polacas, y durante cincuenta años se resistieron a todos los esfuerzos que el gobierno prusiano hizo para germanizarlos.

Cuando el tratado de Versalles restableció la independencia de Polonia y le devolvió las provincias de Posen y de Prusia occidental, no le concedió un corredor. Lo que hizo fue simplemente anular los efectos de conquistas prusianas (no alemanas) anteriores. Ni quienes elaboraron la paz ni los polacos tenían la culpa de que los Caballeros Teutónicos hubieran conquistado un territorio que no estaba unido al Reich.

El tratado de Versalles devolvió Alsacia-Lorena a Francia y el Schleswig septentrional a Dinamarca. Tampoco en estos casos robó nada a Alemania. Los habitantes de estas regiones se oponían violentamente a la dominación alemana y querían librarse de su yugo. Alemania no tenía más que un título para oprimir a estos pueblos: la conquista. El lógico resultado de la derrota fue tener que ceder el botín de conquistas anteriores.

La segunda disposición del tratado que se solía criticar severamente se refería a las reparaciones. Los alemanes habían devastado gran parte de Bélgica y del norte de Francia. ¿Quién había de pagar la reconstrucción de aquellas zonas? ¿Francia y Bélgica, que eran las agredidas, o Alemania, que era la agresora? ¿Los victoriosos o los derrotados? El tratado decidió que fuera Alemania.

No necesitamos analizar detalladamente el problema de las reparaciones. Nos basta con determinar si impusieron a Alemania la miseria y el hambre. Veamos la renta de Alemania y los pagos por reparaciones entre 1925 y 1930.

Año per cápita en marcos	*Renta de reparaciones per cápita en marcos*	*Pagos a título de reparaciones en porcentaje sobre la renta*	*Pagos a título*
1925	961	16,25	1,69
1926	997	18,30	1,84
1927	1.118	24,37	2,18
1928	1.185	30,75	2,60
1929	1.187	38,47	3,24
1930	1.092	26,10*	2,39

* Renta per cápita: *Statistiches Jahrbuch für das Deutsche Reich*. Reparaciones per cápita: cifras obtenidas dividiendo por 65.000.000 los pagos por reparaciones. Como la población de Alemania fue aumentando levemente durante ese periodo, la verdadera proporción debería ser un poco menor que la indicada.

Afirmar que esos pagos la empobrecieron y la condenaron al hambre es desfigurar grotescamente los hechos. Ni siquiera en el caso de que los alemanes hubieran hecho esos pagos de su bolsillo, y no, como los hicieron, con dinero prestado por el extranjero, habrían afectado al nivel de vida de su país.

Disponemos de cifras del aumento del capital alemán entre 1925 y 1929. Los aumentos, en millones de marcos, fueron:

[1925 → 5.770]
[1926 → 10.123]
[1927 → 7.125]
[1928 → 7.469]
[1929 → 6.815]

Desde septiembre de 1924 hasta julio de 1932 Alemania pagó en concepto de reparaciones, bajo losplanes de Dawes y Young, 10.821 millones de marcos. No volvió a pagar nada más. Contra esa salida, sus deudas públicas en el extranjero, originadas en el mismo periodo, importaban aproximadamente 20.500 millones de marcos, a los que se pueden añadir unos 5.000 millones de marcos de inversiones extranjeras en Alemania. Es evidente que Alemania no sufría de falta de capital. Si necesitáramos más pruebas, las tendríamos en el hecho de que en el mismo periodo invirtió en el extranjero unos 10.000 millones de marcos.

No fueron las reparaciones la causa de la mala situación económica de Alemania. Pero si los aliados hubieran insistido en cobrar, hubieran dificultado seriamente su rearme.

La campaña contra las reparaciones acabó en un completo chasco para los aliados y en uncompleto triunfo de Alemania para no pagar. Lo que pagaron lo pagaron contrayendo deudas exteriores que luego repudiaron, con lo que toda la carga recayó sobre los extranjeros.

Respecto a las posibles reparaciones futuras, importa mucho conocer las causas fundamentales del fracaso anterior. Los aliados se vieron desde el principio de las negociaciones con el lastre de su adhesión a las falsas doctrinas monetarias de los economistas partidarios del estatismo de nuestro tiempo. Estaban convencidos de que las reparaciones representaban un peligro para el mantenimiento de la estabilidad monetaria en Alemania y de que Alemania no podría pagar mientras no tuviera una favorable balanza comercial. Les preocupaba un falso problema de «transferencias». Estaban dispuestos a aceptar la tesis alemana de que los pagos «políticos» producen efectos radicalmente distintos de los pagos originados por transacciones comerciales. Y esa maraña de falacias mercantilistas los llevó a no fijar en el Tratado de Paz el importe de la deuda, reservando la decisión a negociaciones posteriores, y además los indujo a estipular pagos en especie, a insertar la cláusula de «protección de transferencias» y por último a acceder, en julio de 1931, a la moratoria Hoover y a cancelar todos los pagos en concepto de reparaciones.

La verdad es que el mantenimiento de la estabilidad monetaria y de un sólido sistema monetario no tiene nada que ver con la balanza de pagos ni con la comercial. No hay más que una cosa que ponga en peligro la estabilidad monetaria: la inflación. El país que no emite cantidades adicionales de papel moneda ni expande el crédito no tendrá problemas monetarios. El pago de reparaciones no exige el requisito previo de contar con un exceso de la exportación sobre la importación. La causación es más bien la inversa. El hecho de que una nación efectúe esos pagos genera la tendencia a crear un tal exceso de exportaciones. El problema de las «transferencias» no existe. Si el gobierno alemán recauda por medio de impuestos la cantidad necesaria para los pagos (en marcos), cada contribuyente deberá reducir correlativamente su consumo de productos alemanes o importados. En el segundo caso, se dispone de las divisas extranjeras que de otra manera se hubieran utilizado en la compra de artículos importados. En el primero, bajan los precios de los artículos nacionales, lo que producirá una tendencia a aumentar la exportación y por lo tanto la cantidad de divisas extranjeras. De esta manera, la recaudación interior de los marcos necesarios para el pago proporciona automáticamente la cantidad de divisas extranjeras necesarias para la transferencia. Nada de esto depende en absoluto de que los pagos sean «políticos» o comerciales.

Cierto que el pago de las reparaciones habría perjudicado al contribuyente alemán. Le habría obligado a reducir el consumo. Cualesquiera que fueran las circunstancias, alguien tenía que pagar los daños. Lo que no pagaran los agresores tenían que pagarlo las víctimas de la agresión. Pero nadie compadecía a las víctimas mientras cientos de escritores y políticos derramaban en todo el mundo lágrimas (de cocodrilo y también lágrimas verdaderas) por los alemanes.

Quizá hubiera sido más sensato políticamente elegir otro método de fijar la cantidad que debía pagar Alemania. Se pudo haber establecido una relación fija, por ejemplo, entre la cantidad pagadera anualmente y la que Alemania destinara en el futuro al rearme. Por cada marco gastado en el ejército y en la marina se le pudo haber fijado un múltiplo en concepto de cuota de reparaciones. Pero ningún plan podía resultar eficaz mientras los aliados estuvieran bajo el hechizo de las falacias mercantilistas.

La afluencia de los pagos alemanes hizo fatalmente que los países perceptores tuvieran una balanza comercial «desfavorable». Sus importaciones superaban a sus exportaciones porque cobraban las reparaciones, cosa que, desde el punto de vista de las falacias mercantilistas, produjo un efecto alarmante. Los aliados manifestaron inmediatamente deseos de que Alemania les pagara y al mismo tiempo no les pagara. No sabían realmente lo que querían. Pero los alemanes sabían en cambio muy bien lo que ellos querían. No querían pagar.

Alemania se quejó de que las barreras comerciales de los demás países le hacían más onerosos los pagos. La queja tenía sus buenas razones. Los alemanes habrían tenido razón si hubieran intentado obtener con un aumento de las exportaciones los medios necesarios para pagar. Pero lo que pagaban en dinero lo obtenían mediante préstamos del extranjero.

Los aliados estaban tan equivocados que la culpa del fracaso de las cláusulas de reparaciones del tratado se la echaban a los alemanes. Debieron habérsela echado a sus propios prejuicios

mercantilistas. Las cláusulas no habrían fracasado si entre los aliados hubiera habido un número suficiente de intelectuales influyentes que hubiesen sabido refutar las objeciones suscitadas por los nacionalistas alemanes.

Los observadores extranjeros se equivocaron de arriba abajo al interpretar el papel que el tratado de Versalles desempeñó en la agitación nazi. El núcleo de su propaganda no fue la injusticia del tratado, sino la leyenda de «la puñalada por la espalda». Somos, solían decir, el pueblo más poderoso de Europa y hasta del mundo. La guerra ha demostrado de nuevo nuestra invencibilidad. Si quisiéramos, podríamos derrotar a todos los demás países, pero los judíos nos han dado una puñalada por la espalda. Los nazis no mencionaban el tratado más que para demostrar toda la villanía de los judíos.

Solían decir: «A nuestro país, que era el victorioso, le ha obligado a rendirse el crimen de noviembre. Nuestro gobierno paga reparaciones aunque no haya nadie lo bastante fuerte para obligamos a pagarlas. Nuestros dirigentes judíos y marxistas aceptan las cláusulas de desarme porque quieren que paguemos ese dinero al judaísmo mundial.»

Hitler no combatió el tratado. Combatió a los alemanes que votaron en el parlamento su aprobación y que se oponían a violarlo unilateralmente. Porque los nacionalistas opinaban que lo de que Alemania era lo bastante fuerte para anular el tratado había quedado probado con la leyenda de «la puñalada por la espalda».

Muchos críticos del tratado de Versalles, tanto aliados como neutrales, solían decir que había sido una equivocación permitir que Alemania tuviera motivos de agravio, en lo que se equivocaban. Aunque el tratado no hubiera tocado al territorio europeo de Alemania, aunque no le hubiera obligado a entregar las colonias, aunque no hubiera impuesto el pago de reparaciones y la limitación de su armamento, no se hubiese podido evitar una nueva guerra. Los nacionalistas alemanes estaban resueltos a conquistar más «espacio vital». Querían conseguir la autarquía. Estaban convencidos de que las perspectivas de victoria militar eran excelentes. Su agresivo nacionalismo no fue consecuencia del tratado de Versalles. Los agravios de los nazis tenían que ver poco con él. Tenían que ver con el «espacio vital».

Se ha comparado frecuentemente el tratado de Versalles con los de los años 1814 y 1815. El sistema de Viena logró que en Europa hubiera paz durante muchos años. Al parecer, el generoso trato dispensado a los franceses derrotados impidió que Francia planeara guerras de revancha. Y se afirma que si los aliados hubieran tratado a los alemanes de una manera parecida, los resultados habrían sido mejores.

Francia era hace siglo y medio la primera potencia de la Europa continental. Su población, su riqueza, su civilización, su eficiencia militar eclipsaban a los demás países. Si los franceses de aquel tiempo hubieran sido nacionalistas en el sentido moderno, habrían tenido la posibilidad de dominar el continente durante algún tiempo. Pero el nacionalismo les era ajeno a los franceses del periodo revolucionario. Eran, ciertamente, chovinistas. Se enorgullecían de su libertad recién adquirida. Creían que tenían el deber de ayudar a otros países en su lucha contra la tiranía. Eran chovinistas, patriotas y revolucionarios. Pero no eran nacionalistas. No tenían deseos de conquista. No empezaron ellos la guerra, sino que les atacaron unos reyes extranjeros, derrotaron a los invasores y fue entonces cuando unos generales ambiciosos, el primero de los cuales era Napoleón, los empujaron a la expansión territorial. Al principio les pareció bien, pero poco a poco fueron resistiéndose y comprendieron que se estaban desangrando por la familia Bonaparte. Después de Waterloo se sintieron aliviados. Ya no tendrían que preocuparse de lo que sería de sus hijos. Pocos franceses se quejaron de la pérdida de Renania, de los Países Bajos o de Italia. Ningún francés lloró porque José dejara de ser rey de España o Jerónimo rey de Westfalia. Austerlitz y Jena se convirtieron en recuerdos históricos. El ciudadano francés se sentía halagado por la poesía que ensalzaba al Emperador y sus batallas, pero no tenía ninguna gana de subyugar a Europa.

Posteriormente, los acontecimientos de junio de 1848 atrajeron la atención hacia el sobrino del Emperador. Muchos esperaban que resolviera los nuevos problemas internos como había

resuelto su tío los de la primera revolución. No hay duda de que el tercer Napoleón debió su popularidad únicamente a la gloria de su tío. Nadie le conocía en Francia ni él conocía a nadie. Había visto el país a través de los barrotes de la cárcel y hablaba francés con acento alemán. No era más que el sobrino, el heredero de un gran nombre; nada más. Los franceses no le elogiaron, indudablemente, porque querían volver a guerrear. Los atrajo convenciéndoles de que con él tendrían paz. El lema de su propaganda era: el imperio significa paz. Sebastopol y Solferino no le ganaron popularidad, sino que más bien le perjudicaron. Víctor Hugo, paladín literario de la gloria del primer Napoleón, vilipendió implacablemente a su sucesor.

La obra del Congreso de Viena pudo durar porque Europa amaba la paz y entendía que la guerra era un mal. La obra de Versalles estaba condenada a fracasar en esta época de nacionalismo agresivo.

Lo que intentó conseguir realmente el tratado de Versalles estaba contenido en sus cláusulas militares. La restricción de la fuerza militar alemana y la desmilitarización de la zona del Rin no perjudicaron a Alemania, porque ninguna nación se atrevía a atacarla. Pero habrían podido capacitar a Francia e Inglaterra para impedir una nueva agresión alemana si hubieran estado seriamente dispuestas a impedirla. No tiene el tratado la culpa de que las naciones victoriosas no intentaran llevar a la práctica sus disposiciones.

7. Las críticas extranjeras al nazismo

Hitler y su camarilla conquistaron Alemania por la violencia, por el asesinato y por el crimen. Pero las doctrinas del nazismo se habían apoderado del espíritu alemán mucho antes. Fue la persuasión, no la violencia, la que convirtió a la inmensa mayoría de la nación a los principios del nacionalismo militante. Si Hitler no hubiera conseguido ganar la carrera de la dictadura, la habría ganado algún otro. Los aspirantes a quienes tuvo que eclipsar fueron muchos: Kapp, el general Ludendorff, el capitán Ehrhardt, el mayor Papst, Forstrat Escherich, Strasser y muchos más. Hitler carecía de escrúpulos y pudo, por lo tanto, derrotar a competidores más cultos y más escrupulosos que él.

Los jefes del partido nazi y de sus tropas de asalto son unos pistoleros sádicos. Pero los intelectuales y los trabajadores alemanes han tolerado su gobierno porque estaban conformes con las bases sociales y económicas y con las doctrinas políticas del nazismo. Quien antes de que estallara la guerra actual y para evitarla (no meramente para expulsar a la escoria que ejerce el poder en la Alemania de hoy) hubiera querido combatir el nazismo como tal, habría tenido que empezar por hacer cambiar de mentalidad al pueblo alemán, lo que no estaba al alcance de los defensores del estatismo.

Es inútil buscar contradicciones e inconsecuencias en las doctrinas nazis. Se contradicen y son inconsecuentes, pero sus defectos fundamentales son comunes a todos los tipos del estatismo actual.

El nazismo conquistó Alemania porque nunca encontró la adecuada resistencia intelectual. Habría conquistado todo el mundo si, tras la caída de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos no hubieran comenzado a combatirlo en serio.

La crítica actual al programa nazi no ha conseguido servir a ese propósito. La gente se ocupaba de los meros accesorios de la doctrina nazi, pero no llegó a discutir plenamente los principios nacionalsocialistas. La razón es obvia. Los principios fundamentales de la ideología nazi no difieren de las ideologías sociales y económicas generalmente aceptadas.

Respecto a esos principios no hay diferencia entre los liberales ingleses de hoy y el partido laborista inglés, por una parte, y los nazis por otra. (…). No tiene más importancia el que en Alemania no se le permita a nadie disentir mientras en Inglaterra se limitan a burlarse del que disiente. (…).

La diferencia concierne únicamente a la aplicación de dichas ideologías a los especiales problemas de Alemania. (…).

Tanto los adversarios alemanes del nazismo como los extranjeros han sido derrotados en la batalla intelectual contra él por haberse quedado enredados en el mismo dogmatismo intransigente e intolerante. Las izquierda británica y los progresistas norteamericanos aspiran a que la vida económica de sus respectivos países esté totalmente controlada y admiran los métodos soviéticos de gestión económica. Al rechazar el totalitarismo alemán se contradicen. Los intelectuales alemanes vieron en el abandono del patrón oro y del libre comercio por parte de Inglaterra la superioridad de las doctrinas y métodos alemanes. Ahora ven que los anglosajones imitan en casi todos los aspectos su sistema de gestión económica y oyen que eminentes ciudadanos de estos países manifiestan que sus naciones seguirán esa misma política en la postguerra. ¿Por qué, en vista de todo ello, no han de estar los nazis convencidos de que fueron ellos los iniciadores de un nuevo y mejor orden social y económico?

También los nazis desean que el gobierno controle la vida económica. También los nazis aspiran a la autarquía para su país. El rasgo característico de su política es que se niegan a aceptar las desventajas que les procuraría la aplicación del mismo sistema en otros países. No están dispuestos a quedar «encarcelados», como dicen, en un territorio relativamente sobrepoblado donde la productividad del trabajo es menor que en otros países.

Una de las objeciones que más comúnmente se formulan contra los nazis es la supuesta inconsecuencia de su política demográfica. Es una contradicción, se solía decir, quejarse por un lado de la relativa superpoblación de Alemania y pedir más «espacio vital» y procurar, por otro, que aumente la natalidad. Pero a los ojos de los nazis no había inconsecuencia en esas actitudes. El único remedio que conocían para el mal de la superpoblación estaba en el hecho de que los alemanes eran suficientes para lanzarse a una guerra de conquista de más espacio, mientras los países pequeños que sufrían el mismo mal eran demasiado débiles para salvarse. Cuantos más soldados pudiera Alemania reclutar, más fácil le sería al país curarse del mal de la superpoblación. La doctrina subyacente era falsa, pero quien no la atacara en conjunto no podía encontrar convincentemente defectos al esfuerzo de crear la mayor cantidad posible de carne de cañón.

Una de las razones por las cuales impresionaban poco las objeciones formuladas contra el despotismo nazi y las atrocidades que cometían es que la mayoría de los mismos críticos se inclinaban a excusar los métodos soviéticos. De ahí que los nacionalistas alemanes pudieran decir que los críticos, tanto los alemanes como los extranjeros, eran injustos con los nazis cuando les acusaban de prácticas que en los rusos juzgaban con más suavidad. Y cuando los anglosajones atacaban sus doctrinas raciales, les llamaban hipócritas y farsantes. ¿Es que los ingleses y los norteamericanos, replicaban, observan el principio de la igualdad de todas las razas?

Los críticos extranjeros condenan el sistema nazi como capitalista. En estos tiempos de fanático anticapitalismo y de entusiástico apoyo al socialismo no hay reproche que parezca desacreditar más a un gobierno ante la opinión de moda que el calificativo de pro-capitalista. Pero esta acusación contra los nazis es infundada. Ya hemos visto anteriormente que la *Zwangswirtschaft* es un sistema socialista de control total de la vida económica.

Cierto que todavía hay beneficios particulares en Alemania. Algunas empresas ganan mucho más que en los últimos años del régimen de Weimar. Pero este hecho tiene un significado muy distinto del que creen los críticos. En Alemania hay un estricto control de los gastos particulares. Ningún capitalista o empresario (gerente de empresa) alemán ni ninguna otra persona puede gastar en bienes de consumo más que la cantidad de dinero que el gobierno considera adecuada a su categoría y posición en el servicio del país. El excedente debe ser depositado en los bancos o invertido en valores oficiales o de compañías alemanas totalmente controladas por el gobierno. Ocultar dinero o billetes de banco está estrictamente prohibido y castigado como alta traición. Desde antes de la guerra no se importaban artículos de lujo, y su producción interna ha cesado ya. Nadie puede comprar más víveres ni ropas que las que le correspondan en el racionamiento. Los

alquileres de las casas han quedado congelados. No se pueden comprar muebles ni artículos semejantes. No se permite viajar al extranjero más que en misiones oficiales. Hasta hace poco, se concedía una pequeña cantidad de divisas extranjeras a los turistas que querían irse de vacaciones a Suiza o a Italia. El gobierno nazi no deseaba enojar a sus amigos italianos prohibiéndoles a los alemanes ir a Italia. El caso de Suiza era distinto. El gobierno suizo, accediendo a requerimientos de una de las ramas más importantes de su sistema económico, insistió en que parte del pago de las exportaciones alemanas a Suiza fuera compensado por los gastos de los turistas alemanes. Como el importe total de las exportaciones alemanas a Suiza y de las exportaciones suizas a Alemania estaba fijado por un convenio bilateral de cambio, a Alemania no le importaba la forma en que Suiza distribuyera el excedente. La suma concedida a los turistas alemanes que iban a Suiza era deducida de la destinada al pago de las deudas alemanas a los bancos suizos. Los accionistas de los bancos suizos pagaban así los gastos de los turistas alemanes.

Las compañías alemanas no pueden distribuir libremente sus beneficios entre los accionistas. El importe de los dividendos está estrictamente limitado con arreglo a una técnica legal muy complicada. Se ha dicho que eso no es un freno serio, ya que las compañías pueden inflar artificialmente el capital. Esto es un error. Sólo pueden aumentar su capital nominal con los beneficios obtenidos, declarados y gravados como tales en años anteriores pero no distribuidos entre los accionistas.

Como el consumo particular está estrictamente limitado y controlado por el gobierno, y como hay que invertir la renta no consumida, lo que virtualmente significa que hay que prestarla al gobierno, los grandes beneficios no constituyen más que un sutil método de tributación. El consumidor tiene que pagar precios altos y los negocios son nominalmente provechosos. Pero cuantos más beneficios se obtengan, más se hinchan los fondos del gobierno, que los obtiene por medio de impuestos o de préstamos que todo el mundo sabe que un día no serán reconocidos. Las empresas alemanas no han estado en muchos años en situación de renovar sus equipos. A fin de año el activo de las compañías y de los comerciantes particulares consistirá principalmente en maquinaria gastada y en unas cuantas dudosas reclamaciones al gobierno. La Alemania en guerra vive de su capital, es decir, del capital que nominal y aparentemente pertenece a los capitalistas.

Los nazis interpretan la actitud de otros países respecto al problema de las materias primas como un reconocimiento de la justicia de sus reclamaciones. La Sociedad de Naciones ha declarado que el presente estado de cosas es insatisfactorio y perjudica a las naciones que se definen como *have nots*. El cuarto punto de la Declaración Atlántica de 14 de agosto de 1941, en que los jefes de los gobiernos del Reino Unido y de los Estados Unidos dan a conocer «ciertos principios comunes a la política nacional de sus respectivos países, principios en que basan sus esperanzas de un futuro mejor para el mundo», reza así: «Procurarán, respetando debidamente las obligaciones que actualmente tienen, que todos los países, grandes o pequeños, victoriosos o derrotados, tengan acceso, en igualdad de condiciones, al comercio y a las primeras materias del mundo que necesitan para su prosperidad económica.»

En una guerra mundial la Iglesia católica está por encima de los contendientes. En los dos campos hay católicos. El Papa está en situación de ver imparcialmente el conflicto. A los ojos de los nazis tuvo, pues, mucha importancia que el Papa descubriera las causas fundamentales de la guerra en «ese frío y calculado egoísmo que tiende a acumular recursos económicos y materiales destinados para el uso de todos, hasta el punto de que a las naciones menos favorecidas por la naturaleza se les niega el acceso a ellos» y añadiera que reconocía la necesidad de la participación de todos en las riquezas naturales de la tierra, incluso de los países que en el cumplimiento de este principio pertenecen a la categoría de los que dan y no a la de los que reciben.

Bueno, dicen los nazis, todo el mundo reconoce que nuestras quejas son razonables. Además, añaden, en este mundo que busca la autarquía de las naciones totalitarias, la única manera de satisfacerlas consiste en redistribuir la soberanía territorial.

Se argüía a menudo que los peligros de la autarquía que temían los nazis estaban todavía

lejanos, que Alemania podía todavía extender su comercio de exportación y que su renta per cápita seguía aumentando. Pero estas objeciones no impresionaron a los alemanes, que querían realizar la igualdad económica, es decir, la productividad de la mano de obra alemana a tanta altura como cualquier otra nación. También los asalariados de los países anglosajones, objetaban, gozan de un nivel de vida mucho más alto que en el pasado, y, sin embargo, los «progresistas» no consideran que eso sea una justificación del capitalismo, sino que aprueban la demanda de elevar los salarios y la abolición del sistema salarial. Es injusto, decían los nazis, oponerse a las aspiraciones alemanas cuando nadie se opone a las de los trabajadores anglosajones.

El argumento más débil formulado contra la doctrina nazi era el eslogan de los pacifistas: «la guerra no resuelve nada». Porque no se puede negar que el presente estado de soberanía territorial y de organización política es fruto de guerras del pasado. La espada liberó a Francia del dominio de los reyes ingleses e hizo de ella una nación independiente, convirtió a América y a Australia en países de hombres blancos y aseguró la autonomía de las repúblicas americanas. Batallas sangrientas hicieron de Francia y de Bélgica países predominantemente católicos, y de la Alemania septentrional y de los Países Bajos países predominantemente protestantes. Guerras civiles salvaguardaron la unidad de los Estados Unidos y de Suiza.

Contra los planes de agresión alemana se habrían podido formular dos objeciones eficaces e irrefutables. Una, que los propios alemanes han contribuido todo lo posible al estado de cosas que les parece tan deplorable. Otra, que la guerra es incompatible con la división del trabajo. Pero los «progresistas» y los nacionalistas no estaban en situación de desafiar al nazismo en este terreno. A ellos mismos no les preocupaba el mantenimiento de la división internacional del trabajo; ellos mismos propiciaban el control gubernamental de la economía que debe llevar necesariamente al proteccionismo y finalmente a la autarquía.

Las falaces doctrinas del nazismo no pueden resistir la critica de la ciencia económica sólida hoy denigrada como ortodoxa. Pero quien se aferra a los dogmas del neo-mercantilismo popular y propugna el control gubernamental de la economía no puede refutarlas. La «no ortodoxia» fabiana y keynesiana dio por resultado una confusa aceptación de los principios del nazismo. Su aplicación a la política práctica frustró todos los esfuerzos para formar un frente común de todas las naciones amenazadas por las aspiraciones del nazismo.

Sólo una cosa podría poner fin al dominio nazi: una derrota militar. El bloqueo y el bombardeo de ciudades alemanas por los aviones ingleses y norteamericanos convencerán finalmente a los alemanes de que el nazismo no es el mejor medio para traer la prosperidad a su nación.



Ludwig Heinrich Edler von Mises

Lemberg, 29-09-1881 ~ New York, 10-10-1973